

La Dimensión Social de la Eucaristía (3 y final)

Sigo resumiendo las ideas del Dr. Guzmán M. Carriquiry Lecour, Secretario encargado de la Vice-Presidencia de la Pontificia Comisión para América Latina, en el Congreso Eucarístico Internacional en la Arquidiócesis de Piura (13-16 de agosto de 2015).

Una cultura de la solidaridad

La comunión con Dios y los hermanos, que la Eucaristía expresa y alimenta, hace superar el individualismo, las descalificaciones y enfrentamientos para reconstruir una cultura y ética de la solidaridad. Sólo así se difunde un reconocimiento de una común dignidad y destino, esa pasión por la propia vida que se vuelve pasión por el destino de los prójimos, del propio pueblo, ese asumir como propias las necesidades de los demás, ese interesarse de todos por todo y todos que se llama “solidaridad”.

Como dice la Encíclica “**Sollicitudo Rei Sociales**” de San Juan Pablo II: la “firme y perseverante determinación de operar por el bien común, es decir, por el bien de todos y cada uno, para que todos seamos verdaderamente responsables de todos”.

Hay que “**globalizar la solidaridad**”, como han dicho muchas veces los Papas Juan Pablo II, Benedicto XVI y Francisco. Sólo quien vive la experiencia de ser abrazado por una experiencia gratuita de caridad misericordiosa, la vive en sus afectos y trabajos, como sello de toda su vida, no obstante el peso del propio egoísmo, y la comunica como obra solidaria que asume las necesidades de los prójimos como propias e intenta darles respuesta.

Entonces **la caridad**, alimentada por la **Eucaristía**, sostiene, anima y refuerza **la solidaridad**, y la cualifica y enriquece por la **gratuidad, el perdón, la reconciliación** (Ver. S.S. Francisco, Bula del Jubileo extraordinario de la Misericordia).

Caridad y solidaridad se expresan en el gesto del **buen samaritano** que encuentra al herido por el camino (¡por las calles de nuestros pueblos y ciudades!). “La inclusión o exclusión del herido al costado del camino define todos los proyectos económicos, políticos, sociales y religiosos” (*Miseridordiae Vultus*).

Caridad y solidaridad se expresan, pues, también cuando se convierten en obras destinadas a enfrentar en forma más sistemática y duradera las necesidades humanas. Existe una “**caridad de las obras**” pues “obras son amores”. Pero ya S.S. Pío XII hablaba de una “**caridad política**” –y lo han seguido haciendo sus sucesores–, a través de la presencia en instituciones y ámbitos de la vida social, económica, política y cultural, para organizar y estructurar la sociedad, combatiendo la injusticia y las escandalosas desigualdades, emprendiendo reformas competentes y valientes en pos de la efectiva destinación universal de

los bienes y la mejor calidad de vida humana para todos (Ver Card. Jorge Bergoglio, La Nación por construir. Utopía, pensamiento, compromiso. Claretiana, Buenos Aires, 2005, p. 73.; NMI 50).

La Iglesia, generadora de comunidades y pueblos

En sociedades marcadas por graves desigualdades, conflictos y fragmentaciones, la amistad en el desarrollo comunitario encuentra sólido fundamento y alimento en la gratuidad de la caridad y en ese “modelo de unidad”, que la Eucaristía convierte en experiencia viva. Sólo **un amor más grande que el de nuestras medidas humanas** es fuente de energía para reconstruir los vínculos de participación y convivencia, de solidaridad y fraternidad. Por eso, la Iglesia es siempre generadora y re-generadora de comunidades y pueblos.

Los Obispos latinoamericanos afirman que “la Iglesia tiene que animar a cada pueblo para construir en su patria **una casa de hermanos** donde todos tengan una morada digna para vivir y convivir con dignidad”, en “la alegría de querer ser y hacer una nación, un proyecto histórico sugerente de vida en común”, favoreciendo todos los gestos, obras y caminos de **reconciliación y amistad social, de cooperación e integración**” (Cfr. Consejo Pontificio Justicia y Paz, Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia, n. 208).

“La Iglesia de Dios en América Latina y el Caribe es sacramento de comunión de sus pueblos. Es morada de sus pueblos; es casa de los pobres. Convoca y congrega todos en su misterio de **comunión**, sin discriminaciones ni exclusiones (...)” Por eso, es en sí misma realidad y promesa de superación de desgarramientos, dominaciones y contradicciones que hieren el cuerpo social y de construcción de una “patria grande” de pueblos hermanos, “a quienes la misma geografía, la fe cristiana, la lengua y la cultura han unido definitivamente en el camino de la historia” (DA 534)

A Jesús por María

La Santísima Virgen María con su respuesta “Hágase en mí....”, abre al Hijo la vía de la encarnación y nos ayuda a vivir ese misterio de comunión como familia de Dios, formando corazones de hijos y hermanos, custodiando a los hermanos de su Hijo que aun peregrinan. Nos anima a construir una sociedad a la luz de su cántico del **Magnificat**, que es síntesis de las bienaventuranzas evangélicas. "Nos sentimos movidos a pedir que el futuro de América Latina sea forjado por los pobres y los que sufren, por los humildes, por los que tienen hambre y sed de justicia, por los compasivos, por los de corazón limpio, por los que trabajan por la paz, por los perseguidos a causa del nombre de Cristo, porque de ellos es el Reino de los cielos". (Papa Francisco, Basílica de San Pedro 12 de diciembre de 2014)

Monseñor Ángel Antonio Recinos Lemus
Artículo para el Boletín “Tiempo de Dios”